

*Homenaje a Jorge Peña Hen**

por
Agustín Cullell

Hace 18 años que, día a día, y hallándome en otros lugares del mundo, mantenía la esperanza de que ocurriera un acto como este, fundamentalmente aquí, en esta querida casa de estudios, y de que yo pudiera participar en él.

Pero antes que mis palabras cumplan su parte en el homenaje que hoy se rinde al gran músico y mártir, al amigo inolvidable, me permitiré solo un ruego: de que estas palabras no se interpreten como un tardío responso por el artista ausente. A mi vez trataré de evitarlo... Y no podrían calificarse como un responso porque a Jorge Peña no lo mataron; tan sólo acallaron su voz pero no su presencia, y un artista cuya obra, cuyo mensaje está presente y, por el contrario, adquiere a través del tiempo una mayor dimensión, nunca puede morir; continuará siempre vivo después de efectuar el salto mortal. Ciertamente, cabría formularnos la gran interrogante sobre a qué lado del puente habita en realidad el hombre; porque el hecho plantea, además, una grande y dramática paradoja: Jorge Peña está vivo y quienes silenciaron su voz y con ello inmortalizaron su figura fueron, desde aquel mismo instante, en realidad los verdaderos muertos.

También pretendo representar con mis palabras, aquí y ahora, a todos aquellos músicos que se encuentran en lejanas tierras, pero que —me consta— desearían con todo su corazón estar presentes en este acto. Me refiero a Gustavo Becerra, en Alemania; Eduardo Maturana, en Canadá; Sergio Ortega, en Francia; Gabriel Brncic, en España... y tantos más.

Le conocí en 1946 —hace casi medio siglo— cuando llegó a Santiago desde Coquimbo para estudiar en el Conservatorio Nacional de Música la carrera de Composición y perfeccionar sus conocimientos instrumentales. Éramos de la misma edad y recuerdo aún la impresión que nos causara a todos los estudiantes de entonces nuestro contacto con una personalidad de naturaleza tan vital, inquieta y subyugante como la suya. No vino solo. Junto a él se incorporó al Conservatorio un importante grupo de jóvenes norteños, de La Serena y Coquimbo, cuyos integrantes se distinguían por su excepcional dinamismo y al que pronto le otorgamos el calificativo de "Los Serenenses".

Fue como una inyección renovadora para todos los músicos de nuestra generación que se formaban en las aulas del viejo edificio de Compañía, entonces bajo la recién asumida dirección del inolvidable maestro, compositor y pianista René Amengual. De ahí en adelante todo cambió. La un tanto monótona actividad en la que desde hacía algunos años —los de la Segunda

*Discurso pronunciado por el director de la Orquesta Sinfónica de Chile, el 1 de octubre, en el homenaje que la Universidad de Chile rindió al músico Jorge Peña Hen. Ver Crónica (Homenaje de la Universidad de Chile al maestro Jorge Peña Hen).

Guerra Mundial— venía sumiéndose nuestra vida estudiantil y que fuera tan fecunda durante la década anterior, entró nuevamente en ebullición. Era como un renacer que coincidía —por otra parte— con el fin del conflicto, el cual, de un modo u otro y aunque a la distancia, había impregnado su huella en nuestra adolescencia desarrollando en nosotros un sentimiento pesimista respecto al porvenir.

Jorge Peña fue sin lugar a dudas un factor esencial en este importante proceso de transformaciones y cambios que dio origen a lo que bien podría llamarse hoy como la segunda "Época Dorada" del Conservatorio Nacional de Música, luego del impulso renovador que en 1928 experimentara todo el movimiento musical chileno bajo la guía de Domingo Santa Cruz y Armando Carvajal. Como Presidente del Centro de Alumnos, en el que me correspondió ejercer la misión de Asesor Artístico, Jorge Peña llevó a cabo una actividad impresionante que comprendía desde la promoción de cambios en Planes de Estudio hasta la formación de múltiples conjuntos de cámara, organizados por el Centro e integrados por estudiantes, con el fin de proyectar mediante conciertos, recitales, charlas y conferencias de toda índole, la institución hacia la comunidad. También giras al norte y sur del país. Memorable aquella primera gira de la Orquesta del Conservatorio, organizada por él, a La Serena y Coquimbo en 1947. Memorable, asimismo, porque fueron nuestras primeras experiencias como directores de orquesta. Ambos, entonces con 19 años, dirigíamos conjuntamente los conciertos y, como todos saben, este fue otro aspecto relevante en la polifacética personalidad de Jorge Peña: además de sus virtudes como organizador infatigable, compositor e instrumentista (tocaba bastante bien piano y viola), también se destacó a partir de entonces por su singular talento en este campo.

Debería marcar un hito en la trayectoria del Conservatorio Nacional de Música aquel inolvidable Ciclo Histórico de Conciertos que organizó el Centro de Alumnos bajo su presidencia en 1949, al cumplir la institución sus 100 años de actividad. Se trató de un Festival de presentaciones programadas a lo largo del año, con participación de los estudiantes y conjuntos más destacados; presentaciones abarrotadas de público y comentadas por Gustavo Becerra, hoy eminente Catedrático de la Universidad de Oldenburg, pero una lamentable pérdida para el país.

Jorge Peña fue toda su vida un hombre de grandes inquietudes vivenciales; un luchador de sólidos principios, un verdadero humanista que entregó siempre sus mejores esfuerzos al servicio de las viejas causas que han intentado encontrar, aún infructuosamente, un destino mejor, de auténtica justicia social para el ser humano. Ya en aquellos años sus profundas convicciones democráticas se manifestaban con energía al levantar su voz para oponerse valientemente a las persecuciones ideológicas que tenían lugar, principalmente en América, con motivo de la Guerra Fría y el llamado Mc Carthysmo.

Pero tenía colocados su mente y su corazón en el norte. Siempre nos comentaba sus planes de emprender un gran movimiento musical que abarcara desde Arica a La Serena partiendo de esta última. Básicamente se trataba de la

consolidación del Coro, la fundación de un Conservatorio de Música y una Orquesta Sinfónica e impulsar posteriormente estas mismas actividades a las demás ciudades de la región. Sólo recordemos hoy lo que significó la creación de la Orquesta Sinfónica Juvenil de La Serena, pionera en Iberoamérica y cuyas formidables proyecciones constituyeron para los medios musicales de otros países nada menos que el punto de partida de empresas similares, como ocurrió en Costa Rica y Venezuela a comienzos de los 70, donde el propio Estado no escatimó recursos para crear y sostener organismos exactamente idénticos al que proyectara y realizara Jorge Peña y que se han transformado ahora en un patrimonio cultural para ambas naciones. También en México se ha iniciado últimamente un proyecto de gran envergadura en tal sentido.

De todo lo dicho poco se sabe, y es de lamentar que en su momento nuestros medios musicales, salvo excepción honrosa, no se percataran de la extraordinaria importancia que tenía para el futuro desarrollo musical del país apoyar con fervor una iniciativa de esta naturaleza; como asimismo el hecho de desconocer, por otra parte, la dimensión de sus alcances a nivel internacional, en los que tuve la oportunidad de participar o ser testigo presencial de sus brillantes resultados.

Jorge Peña fue un creador y un visionario, un espíritu tenaz; uno de esos seres que en la humanidad no aparecen con frecuencia, pero que dejan a su paso una huella imborrable de grandes realizaciones. Sólo por citar otros ejemplos entre tantos y tantos: Debería quedar en los anales de la Historia Musical del país ese célebre FESTIVAL BACH, efectuado en La Serena en 1950 con motivo de la fundación de la sociedad del mismo nombre y en conmemoración a los 200 años de su muerte. Se trató de un Ciclo de Conciertos programados ininterrumpidamente durante una semana y que contó con la participación de orquesta y coros, éstos de La Serena y Coquimbo, conjuntos de cámara y solistas de la capital, cuyo momento culminante fue la interpretación del *Magnificat* bajo su dirección. Y aunque también se recoge en su reseña biográfica, no podría menos que mencionar con énfasis aquel otro memorable concierto donde tuvo lugar en el año 1956 la presentación de la monumental obra *La Pasión según San Mateo*, de J.S. Bach, con coros de adultos y de niños junto a un grupo orquestal cuya composición tenía muy pocos refuerzos foráneos. En verdad, una hazaña increíble. Ya para entonces la Universidad de Chile había acogido al Conservatorio de Música de La Serena como uno de sus principales organismos culturales en provincias. La descentralización musical del país por la que tanto luchara Jorge Peña comenzaba a ser una realidad.

En 1966 la Orquesta Sinfónica Juvenil dirigida por su fundador ofreció con éxito sin precedentes un concierto en el Teatro Municipal de Santiago, que tuvo el honor de presentar con algunas palabras introductorias. Posteriormente se realizaron giras internacionales: Buenos Aires, Lima, La Habana y Puerto Rico. Se coronaba así esplendorosamente el esfuerzo y sacrificio de años de labor, de perseverancia infatigable, muchas veces trabajando contra la adversidad casi sin recursos, pero siempre con fe inalterable en los objetivos a conseguir. Fueron también sus últimas actividades.

Luego... un día cercano a este, 18 años atrás, voces estentóreas, disonantes y frías lanzaron seguramente el mismo grito insensato que en los claustros de la Universidad de Salamanca y frente a su Rector, don Miguel de Unamuno, surgiera de la garganta de un comandante alienado en plena Guerra Civil Española: "Muerte a la Cultura, Viva la muerte...". Y no hubo más.

No hubo flores ni música ni campanas para el reposo del artista. No hubo funeral... ni siquiera una tumba piadosa. Recordando las palabras que escribiera el gran poeta chileno Pablo Neruda en su lamento por la muerte del gran poeta español Federico García Lorca, asesinado en Granada a comienzos de aquella guerra y en circunstancias atterradoramente similares, diría que... "El crimen fue en La Serena, en su Serena...".

De aquel día sombrío tan sólo queda el testimonio de unas improvisadas cuartillas de música que estaba escribiendo durante su cautiverio —escribiendo con palos de fósforo quemados, era lo único de que disponía—, sin duda como expresión irrenunciable de su vena de creador y también como un canto de amor a la vida, pero que tristemente se transformaron en su epitafio.

Pero, sí queda algo más... como dijimos en un comienzo algo muy grande y que nunca podrán destruir los siniestros mensajeros de la muerte: su grandeza, el mensaje de sus obras, la gloria de constituirse en una de las figuras relevantes que tan generosamente ha producido siempre a través de su historia el movimiento musical chileno para orgullo del país.